GARCÍA BLANCO, ANTONIO MARÍA

OBRAS DE:  - “A la lucha”, Sevilla, Biblioteca del Obrero, 1919; Resultados de la guerra, Barcelona, Biblioteca de Tierra y Libertad, 1919; coord. y pról. en Almanaque de Tierra y Libertad para 1921, Barcelona, Tierra y Libertad-Imprinta Germinal, 1920; Esbozos de ideas, Barcelona, Hoy, c. 1925 (col. Cuadernillos Athenae, 8); Sabor de ceniza, Barcelona, Publicaciones Mundial, c. 1925 (col. La Novela del Pueblo, 16); J. W. DRAPER et al., Aspectos Sociales de la Humanidad: Anarquismo; Sindicalismo; Socialismo, adap. y trad. de –, Barcelona, Ediciones Culturales Iberia, 1934, 3 vols.; VV. AA., Cultura y civilización; El amor y la amistad; La Historia; La Libertad, selecc. y pról. de –, Paris, Solidaridad Obrera, 1954-1955, 4 vols.; VV. AA., Ciencia y filosofía; El Estado, la patria y la nación; Los europeos; El hombre y la mujer; Progreso y evolución; Pueblos y razas, selecc. y pról. de –, Buenos Aires, 1966, 6 vols.


IGNACIO C. SORIANO JIMÉNEZ


Las persecuciones padecidas por su padre, el médico Antonio García y García, diputado liberal en 1820, marcaron desde niño su ininterrumpido compromiso político. Empezó estudios en la Universidad de Osuna, a la vez que se encaminaba al estado sacerdotal, cuyas primeras órdenes recibió en 1816; poco más tarde se puso a aprender hebreo en Osuna con el canónigo liberal represaliado Pablo de la Llave, azar que iba a determinar su carrera y que se consolidó cuando su padre le llevó con él a Madrid en 1820 y recibió clases de Francisco Orcheh, principal hebraísta español, de quien fue continuador. La reacción absolutista de 1823 castigó duramente a su familia y se retiró cuatro años en una hacienda rural. Luego se ordenó y fue cura de Valdelarco (Huelva) de 1828 a 1831, aplicando su ocio al estudio. Tras un breve paso por Écija, obtuvo en Sevilla la magistralía de la Capilla Real de San Fernando (1834). Pero su ambición era la enseñanza del hebreo: fue catedrático sustituto en la Universidad de Sevilla desde enero de 1834.

En las elecciones de 1836 en Sevilla, habiendo declinado su anciano padre la candidatura, fue elegido diputado y marchó a Madrid. En las Constituyentes milió en el sector liberal más exaltado y votó contra la Regencia de María Cristina; su radicalismo en materias eclesiásticas le granjeó reputación de anticlerical extravagante, que hizo que de sus muchas y variadas propuestas sólo se recuerde la de que se bautizase a los niños con agua caliente. Al final de la legislatura, traslado su cátedra a la Universidad de Madrid, de la que fue profesor cuatro décadas y desde la que hizo ímparos esfuerzos por impulsar los estudios hebraícos partiendo de Orcheh y desarrollando un método propio, que se refleja en su obra más importante, el Análisis filosófico de la lengua hebreá (1846-1851). Su plan tenía que completarse con una traducción de la Biblia hebrea y un Diccionario Hebreo-Español, obras en las que trabajó buena parte de su vida, pero que no se culminaron por la hostilidad eclesiástica hacia sus versiones bíblicas y la inconstancia gubernamental. Entre 1839 y 1843 fue activo miembro del Instituto Espanol, una sociedad filantrópica dedicada al fomento de la educación en las clases bajas, mediante escuelas dominicales gratuitas y un Boletín en el que colaboró con frecuencia. En 1851 se le privó de la magistratura sevillana, como efecto del nuevo concordato, que ahondó en su alejamiento de la jerarquía eclesiástica y en la defensa de una espiritualidad disidente, expuesta en su inédito Antidoto contra la muerte (1854). Republicanamente convencido y defraudado por el curso del Bienio Progresista, el subsiguiente gobierno unionista y varios contratiempos universitarios, a finales de 1858 obtuvo una licencia indefinida para proseguir su diccionario, que encubría un “semidestierro” en Marchena. Solo regresó a su cátedra tras la Revolución de 1868, cuando el vuelco en la cúpula universitaria madrileña le llevó a ser nombrado decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Desde ese puesto impulsó un amplio programa de educación popular y activismo social, ocupando el decanato con poco conflictos y sin asistir hasta su jubilación en abril de 1877, en soterrada rebelión hacia la Restauración.

Los años posteriores los pasó en Madrid, Marchena, Sevilla (donde frecuentó a Antonio Machado Álvarez y conoció a un joven Francisco Rodríguez Marín) y finalmente en su Osuna natal, donde llegó en enero de 1883 con su hermana Gregoria. Allí colaboró con veintisiete artículos en el periódico El Ursaonense.
promovido por sectores republicanos locales, se ofreció para dar clases gratuitas de cualquier materia e intentó infructuosamente continuar el *Diccionario* que, tras varios rechazos gubernamentales, aspiraba a imprimirla por su cuenta en Osuna. Rodríguez Marín asumió el papel de discípulo predilecto, valedor ante la sociedad local y, por fin, administrador de sus bienes y albacea testamentario. El anciano hebraísta publicó treinta y cuatro artículos durante 1886 en *El Centinela de Osuna*, fundado por Rodríguez Marín; también por entonces comenzó a escribir sus memorias, el *Resumen de un siglo*, que haría imprimir en su propia imprenta, pero quedaron a falta de sus últimos pliegos. A mediados de 1887 rompió relaciones con Rodríguez Marín, sumiéndose en una vida más solitaria hasta su muerte; sus últimas voluntades no fueron respetadas y se le dio el entierro católico más convencional.

Escribió muchos artículos y conferencias, varios de los cuales se publicaron en folletos, así como colaboraciones en prensa periódica y manuscritos inéditos, hasta las ciento ochenta y nueve entradas de la bibliografía de Pascual Recuero (1986: 495-507).

A García Blanco le ha acompañado una fama de hombre atractivo, un retrato moral que, al margen de la verdad que contenga, suele aplicarse en el XIX para desacreditar y ridiculizar a los intelectuales progresistas. Sus obras revelan una fuerte personalidad y un acendrado sentido moral, así como una profunda pasión por la educación y la ciencia, siempre en lucha con un ambiente hostil. Su gran legado fue el intento fracasado de crear en España una sólida escuela de hebraístas que, sin embargo, dejó huella en varias generaciones de estudiantes. En lo ideológico es un eximio representante del minoritario clero disidente decimonónico.

**Obras de:** *Diálogos. Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, t. I, Madrid, Imprenta de Eusebio Aguado, 1846; t. II, Madrid, Imprenta de José Félix Palacios, 1848; t. III, Madrid, Imprenta y Librería de la Viuda de D. José Vázquez Martínez e Hijos, 1851; *Biografía de D. Antonio María García Blanco*, escrita por sí mismo, o sea Historia compendiada de los conocimientos hebreos en España, Madrid, Imprenta de Tomás Rey y CIA., 1869; *Historia compendiada de una larga vida. Resumen de un siglo* [...], Osuna, Imprenta de M. Ledesma Vidal, 1887; *Oración de un muerto en el día de su entierro. Obra póstuma*, Osuna, Imprenta de M. Ledesma Vidal, 1889.


**Fernando Durán López**


García Blanco estudió en su ciudad natal —a la que se mantuvo siempre muy vinculado— con Miguel de Unamuno, y luego en Madrid recibió las enseñanzas de Ramón Menéndez Pidal, aunque no consta que estuviese ligado al Centro de Estudios Históricos; tras doctorarse con Menéndez Pidal, amplió su formación en Alemania con grandes maestros como Meyer-Lübke y Vossler. Profesor auxiliar de Lengua y Literatura Españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la propia Universidad de Salamanca, obtuvo una cátedra de la misma materia en la de La Laguna que ocupó por poco tiempo, y sucedió enseguida a Unamuno (que se había jubilado) en la suya salmantina de Historia del Español. Fueron algo más de treinta años de dedicación laboriosa y digna, aunque su principal tarea investigadora no fue la de la diacronía de nuestra lengua, sino la de estudioso y editor de Unamuno.

El 31 de enero de 1925, García Blanco había presentado su tesis doctoral sobre los Dialectismos leoneses de un código del Fuero Juzgo, de la que fue pONENTE —según queda dicho— Ramón Menéndez